



Aproximaciones literarias



Un cuarto de siglo con Lezama Lima

Segunda Parte

Roberto Fernández Retamar
Poeta y ensayista cubano
Director Revista Casa de las Américas

Si sus dedicatorias merecen ser recopiladas, ¿qué decir de sus cartas, de las que conservo algunas bellísimas? He aquí tres de ellas:

La Habana, Agosto y 1956.
Roberto y Adelaida
En Londres.

Mis preciosos amigos: – La novela extendida en una forma tan desmesurada, se vuelve indetenible casi, como un tiempo arrastrado por su Gorgona. Asoman Uds. por una calle de Londres, les grito, pero se pierden de nuevo. Acudo a su hotel, pero ya Uds. salieron, muy temprano, para el Museo Británico. Saborean un Queen Maab's pudding, favorito de Mallarmé, para no repetirlo, Adelaida regala un pedazo delicioso y mirando ambos lados, –estas imperceptibles risas inglesas–, deja caer en su plato el fragmento más hilado de la inasibilidad. En tranquilas pesadillas

asimilables, me finjo que tengo mensajeros, por los arrugados fragmentos de un viejo imperio, de uniforme amarillo y blanco— entraña de guanábana, memorialistas, que doblan pliegos con noticias que son peculiares, cifradas, con claves que descifro a la luna del Valle de Viñales. Recorre Ud. las eficaces y tranquilas catedrales medievales inglesas, yo llego favorecido por la misma hostilidad de la niebla, que se ha rendido, me encuentro y saludo a Adelaida, camino la nave, cuando lo aprieto, Ud. me dice: «Puntual como siempre». En realidad, no hemos hablado una palabra. El único inglés que he conocido, me decía que los ingleses y los españoles compaginaban cortijo y eugenesia, porque la niebla es la sangre en el aire. ¿Lo han comprobado? Un buen tema para Shelley. El espíritu arielesco, de graciosa levitación, diluyéndose en la sangre. Pero es innegable que a medida que la sangre se adensa, las entrañas se vuelcan. Tránsito de Shelley a Unamuno. La niebla del ruisenior de Kyats y la sangre lenta de la corneja del Poema del Cid, pueden tal vez amigarse. Dios mío, ¿qué sucederá? Que la niebla entierre a la niebla la sangre se beba a la sangre. Tu carta y tarjeta me pusieron de pie la querencia, buen cariño que hay entre nosotros cuando tenemos que acompañarnos. Vengan epístolas, multiplica tarjetas, para mi golosina y calma. Digo quiero, «quiero est un verbe étonnant qui veut tout dire [,] c'est vouloir, désirer, aimer, c'est quérir, decía un francés hispanista», —y ahí están Roberto y Adelaida frente a José Lezama Lima.

La Habana, Novbre./957

Roberto y Adelaida

En New Haven.

Dos queridísimos: qué penita a su hondura, verlos frente al cierzo, el revolver de hojas ya recomendadas. En ese momento, que es el mío, llego soplando al paseo, a la metáfora de costumbre justa. Qué tristeza verlos a la salida de un cine, en silencioso recorrido a la casa de apartamentos enmascarados, de un comedor de flores con rosetones caídos. Con un sweater en el entono de una canción criolla. O Adelaida peinándose, mientras el fonógrafo se silencia. Son formas del conjuro. Le ha dado vueltas a la dedicatoria de Vallejo, que uestes me muestra. (Yo le había escrito que en la biblioteca Central de la Universidad de Yale hay un ejemplar de la primera edición de Trilce, dedicada por Vallejo simplemente así: «A Eloy [,] César».) Por lo justa, al primer reajo, parece fría. Poco después, por lo justa, va emitiendo el cariño vallejiano. Cómo sentimos los dos nombres, Eloy, César, en su cercanía. Es una muestra del cercano toque Vallejo, de su poesía. Toca como con cristal de ceniza. Lo sentimos como esas especies que parece que nos hablan en el paladar, con un rayo seco que llega hasta el oído. Arañazo como de un hermano, que después quisiéramos guardar en el recuerdo querencioso. Sepan que como un recuento los extrañamos. Sensación como de llegar a una casa y saber que faltan los de la casa. Como de una lista donde rotamos los números e invariablemente nos faltan dos

líneas tocadas por el mucho cariño. Les envió dos ejemplares de *La expresión americana*. Apostillas del umbral, del preludio, mancha del pintorcete. Temas que son siempre introducciones, ¿pero qué otra cosa puede escribir el hombre, que no sea introducción?

Querido Roberto: Una libreta, de no peligrosa extensión, pero cómoda y resuelta, para apuntar sus versos de alejado momentáneo. Toques directos, impresiones inmediatas. La espera, la eterna espera criolla trasladada al norte; la pregunta de una americanita en la clase; una sobremesa, con alguien que todavía es sorpresa, sobresalto. Venga de nuevo con esas pequeñas sensaciones en la valija de los agrados. Aquí hay un incesante, lo hubo siempre, pitido de desilusión. Frente a eso, la única solución, toneladas de poesía. Sencillamente, han perdido la fe para esperar veinte años. Se acercan de nuevo las navidades, un acto que nace, líneas amarillas, largas, casi hogueras. Primer giro del católico, de la fe: el curso de las estaciones. Qué placer en el estío, acariciar un terciopelo otoñal. Saber que pronto nos reuniremos de nuevo en el restaurante chino, de tan penetrante sencillez imperial. Un libro es el regalo, qué bien regalan ustedes un libro. Arte todo de ustedes, ahora el recuerdo que nos habla. La oreja de Adelaida en el frío, usted apresura el paso. Yo sigo siendo una línea, una línea llevada por una tortuga, que no se fragmenta; tiemblo un poco, porque ustedes no me acompañan ahora, y en las navidades los espero para el gozo clásico y profundo de reunirnos. Pongo su mano sobre Adelaida, palma de la mano de Adelaida, en el medio, deslizo mi mano gordezuela y caída.

Su buen

J. Lezama Lima

La Habana, Agosto 1960

Queridos Roberto y Adelaida:

{En París}

Detengo siempre la respuesta, esperando la publicación de un nuevo libro, de un nuevo signo de trabajo y eficacia. Así me detuvo la respuesta primera, el libro de Saco. Decía, esperaré que llegue José Antonio (Saco), para conversar con Roberto y Adelaida, entre canciones irlandesas y algún trioleto de Charles de Orleáns. Ya creo que la colección de *Los mejores autores cubanos* está encaminada sobre su propia continuidad. Las imprentas, lentísimas, no dejan que el repertorio escogido adquiriera su «velocidad inicial y uniformemente acelerada». Rezagos de un bachillerato inolvidable y no olvidado. Ahora, una ley del género epistolar: el viajero debe mantenerse en el pitagórico tres, el sedentario (o centro, digo a veces que soy un peregrino inmóvil), debe ir al Uno parmenídeo. Saltas, ves, estudias, conoces penas y hombres, hombres y manzanas. Yo en el Trocadero reiterado, apenas salgo, veo. Ergo, tres cartas tuyas (además de la fluencia postadolescentaria), equivalen a una del servidor, del cumplidor. Sí, querido

amigo, la muerte de nuestro llorado amigo¹ me produjo una desazón atroz. En los últimos meses que precedieron a su muerte, nos reuníamos con mucha frecuencia. Su deliciosa y profunda personalidad provocaba en mí una alegría suscitante. Su voz se agrandaba, ahora se agranda más, mientras casi parecía desaparecer su pequeño cuerpo. Yo estaba en un momento de mucha soledad, él en una expansión, esa expansión misteriosa y peculiarísima, como es, casi siempre, la que precede a la muerte. Vigón era tan juvenil como milenario. Había, como todos sabemos, recorrido muchos espacios, conocido muchos hombres. De todo eso había derivado una sabiduría amistosa, una como jerarquía de la amistad. Al final, había rechazado mucho, se había quedado con poco. Ese poco es ahora el oro de su recuerdo. Parece siempre que va a llegar. Es el visitante que deseamos que nos regale su presencia. Su ausencia se vuelve ahora tan poderosa como su presencia. Vale la pena la resurrección, donde oiremos de nuevo su voz más grande que su cuerpo. Yo diría que en nuestro recuerdo será siempre la voz de la resurrección. Ahora, estamos leyendo con mucho fervor al Padre Pouget. Nos era totalmente desconocido. ¿Hay ahí obras de él? Sus amigos lo recuerdan como una personalidad maravillosa. Bergson, Mounier, Jacques Chevalier, Guiton, recibieron la riqueza de su presencia. Matemático, botánico, filólogo, místico, al final de su vida, se quedó ciego. Entonces, añadió a todas esas disciplinas los dones de la revelación. Pronto te enviaré *Mi tío el empleado*, la reaparecida novela de Meza. Es muy curiosa la forma en que se produce su estilo. Cuando la novela se publica, Meza contaba veinte y cinco años. Su elaboración responde todavía a un momento de su adolescencia. Está liberado de aquello que el Cardenal Newman llamaba «the histrionic power». No hay apariencias fatales, fantasmas hinchados. Pronto te será enviada. Y entonces, me escribirás.

Abrazamientos cordiales de

J. Lezama Lima

Y Adelaida como ninfa del Sena? {...}

Cuando regreso por la tarde, veo la magnífica postal que me enviaste².



José Lezama Lima

¹ Alude a Ricardo Vigón, que desde la década del 50 admiraba mucho a Lezama, y a quien creo que yo se lo había presentado.

² Se refiere a una tarjeta que le envié con las firmas de varios escritores y artistas que ese año 1960 habíamos participado, en Francia, en homenaje a Giuseppe Ungaretti. Entre ellos, además del propio Ungaretti y de mí, se hallaban escritores como André Pierre de Mandiargues, Octavio Paz, Guillevic, Edoardo Sanguinetti y Dominique Fernandez, y pintores como Fautrier y Bona.

Qué bien todas esas firmas en una tarjeta buenamente histórica. Para ti el erizo de marfil, el de la buena suerte, y el maíz todo de recuerdos infantiles, Gracias habaneras. Segundo Vale.

JLL

Después de 1960 no volví a vivir fuera de Cuba, ni en consecuencia a recibir carta suya. Aunque a otros amigos, como Vitier, les escribiera estando en la propia Habana, tal no fue mi caso, ni tampoco el de José Rodríguez Feo, como éste destacó al frente del volumen, en el que publicó su amistosa y traviesa correspondencia con Lezama.

Desde la etapa de *Orígenes*, adquirí el hábito de expresarle, generalmente por escrito, mi opinión sobre cada obra suya que me enviaba. En la Valoración múltiple que en 1970 le consagró la Casa de las Américas se recogen dos de esas cartas mías (que Lezama dio al compilador, Pedro Simón), referida una a *Analecta del reloj*, y otra, a *Tratados en La Habana*, libros deliciosos. *Paradiso* fue la única de sus obras que no me satisfizo a plenitud, hecho que, según me confesó, le produjo amargura, afortunadamente disipada por el tiempo y por una relación nunca interrumpida. Pienso que él fue un sorprendente poeta, un ensayista maravilloso, un constante inventor en el idioma, pero no (para mi falible gusto de mal lector de novelas) un narrador a igual nivel, aunque *Paradiso* implique sin duda el imaginativo y valiente testimonio de la formación de un escritor prodigioso. Ya sé que muchos nos coinciden en esto conmigo (si bien tampoco dejen de acompañarme enjuiciadores estimables), y que a Lezama el libro le trajo la fama mundial, esa suma de equívocos de que habló Rilke. Pero lo primero no me interesa gran cosa, porque hace mucho tiempo que tengo mi propio criterio, valga lo que valga. Y en cuanto a la fama mundial, que quizá nadie sepa muy bien lo que es, Lezama la merecía desde mucho antes. Avergüencense los que se la negaron o no se la reconocieron entonces: entre ellos no estuve.

Por mi parte, solía hacerle llegar los libros míos tan pronto salían, con dedicatorias en que le expresaba mi enorme admiración, mi gratitud, mi afecto. Naturalmente, no conservo copias de tales dedicatorias. Pero por razones particulares recuerdo una. Cuando en número de septiembre-octubre de 1971 de *Casa de las Américas* se publicó mi ensayo «Calibán», le mandé un sobretiro del ensayo con estas palabras de evidente alusión gongorina y también con alusión coyuntural (no hacía mucho él había sido grotescamente caricaturizado en una lamentable intervención pública): «A mi muy querido José Lezama Lima, perpetuo gerifalte, escándalo bizarro.» Desde luego, en mi concepción de ese término, Lezama es un autor indudablemente calibanesco.

Poseyó una información múltiple y una manera muy americana de incorporar la cultura universal, en una línea, aunque propia, cercana en algunos puntos a las de un Reyes, un Borges, un Martínez Estrada o un

Coronel Urtecho. Su acercamiento a ciertos aspectos de esa cultura (como en algunos de los casos anteriores) tuvo mucho de parodia, de carnaval. Es algo sobre lo cual me habló desde los años 50 (cuando aún no se había difundido la obra de Bajtín), planteándome lo carnavalesco como una forma de apropiación y de burla de lo señorial. En 1965 y 1972 mencioné este criterio, aplicado a la obra lezamiana, en sendos simposios realizados en Génova y Royaumont. La latinoamericanista inglesa Jean Franco, quien participó también en la reunión de 1972, lo desarrolló después acertadamente referido a Lezama. Pero el criterio, abordado con superficialidad en muchos casos, ha acabado por convertirse en otro lugar común de lo que él llamó con su altivo desdén «el bachillerismo internacional». Dios mío: si una de las divisas de éste es «publicar o perecer», ¿por qué no hace a la humanidad el agradecible favor de perecer?

Fue Lezama raigalmente un criollo y, en particular, un habanero legítimo (me hablaba con frecuencia del estoicismo habanero). Hay en sus libros mucho de la vida capitalina cubana, asumida, desde luego, con esa capacidad suya de hacer entrar la realidad en el mundo de la imago o al revés. Lezama tomaba las piezas y las trasmataba en su prodigiosa alquitara. Por ejemplo, en su «Nuncupatoria de entrecruzados» aparece un guagüero (así llamamos en Cuba al conductor de ómnibus), sólo que metamorfoseado por el poeta en un «pacotillado Caronte»; como en *Paradiso* se ve al protagonista José Cemí comiendo una «coteleta de langosta». Era un artista y un pensador muy enraizado en lo nuestro, que supo darle a su cubana una resonancia universal, de estructura vasta y enlabyrinthada. Y estimo que en ese sentido es necesario para la apreciación justa de su obra contar con el conocimiento de *lo habanero*.

Como buen habanero, como buen cubano, Lezama podía hablar de casi cualquier cosa. Además, no vio el arte y la literatura divorciados de las otras experiencias vitales, Por el contrario, en su charla las integraba de tal modo que pasaba de los detalles más corrientes a consideraciones de índole intelectual. La suya resultaba así una conversación deslumbrante, en la cual no existían huecos ni separaciones entre lo remoto y lo inmediato, Por eso había que oírlo preparado para todo.

Entre las numerosísimas anécdotas que podría aducir (y que harían inacabable esta charla), voy a recordar dos, separadas por mucho tiempo y de muy diversa naturaleza. Una ocurrió alrededor de 1960 o 1961. Lezama fue a casa a llevarle un regalo a mi hija mayor, que entonces decía sus primeras palabras. Por supuesto, Lezama no se contentó con darle el regalo, sino que lo acompañó con un derroche verbal, una cohetería china donde no había la menor concesión al hecho de que se estaba dirigiendo a una criatura: en vez de eso, las citas y alusiones, las metáforas espléndidas caían como meteoros sobre la cabecita de la niña, quien lo miraba con esos ojos abiertos que sólo se saben poner hasta los dos años o así. Al cabo Lezama se detuvo, interrumpido por su asma, extrajo del bolsillo del saco

el aparato con que hacía sus inhalaciones, y al que llamaba «mi saxofón sutil», y entonces, sobreponiéndose al sonido del pequeño fuelle piadoso, se oyó la voz de la niña que pedía esperanzada: «Más!»

Ahora daré un alto en el tiempo. En la primavera de 1972 fui a visitar a Lezama acompañado de dos estudiantes eslovacas que lo admiraban mucho y querían conocerlo. Después de las presentaciones, Lezama preguntó de golpe y porrazo a las huéspedes: «¿Qué tienen ustedes que decirme de nuevo sobre Rodolfo II de Augsburgo?» Según era de esperarse, las estupefactas jóvenes nada pudieron decirle de nuevo acerca del último monarca en hacer de Praga la capital del Imperio Austrohúngaro, como insistía en recordarles Lezama.

Era él además hombre de lengua biselada: con referencia a esto, en Cuba puede ponerse al lado de su amigo Raúl Roa, sólo un año mayor que él y con quien tiene más de un punto de contacto. Y fue ingeniosísimo en su juguetona maledicencia. Alguna vez debieran recopilarse también frases suyas de esta estirpe, llenas de gracejo, inventiva y enorme sentido del humor: frases de las que ninguno de nosotros salió indemne. Con pocas personas me he reído como con él. De cierto arduo músico, por ejemplo, dijo que había compuesto «un trío para arpa enfundada, fagot enarenado y triángulo isósceles».

Otro Lezama: el verdadero

Algunos han especulado a propósito de la actitud política de Lezama. Se insiste en su quejas sobre los aspectos menos gratos de la vida en Cuba, y en que no fue marxista (cosa que, por supuesto, nadie que valiera aunque fuese un ápice le pidió nunca), para hacer ver que mantuvo una posición hostil respecto a la Revolución. Nada me parece más descabellado, sobre todo si se piensa que la Revolución se había proclamado en primer lugar (y siempre) martiana, condición que sin duda es válida en relación con Lezama.

No fue Lezama, es cierto, un hombre político en el sentido estrecho del vocablo, pero no por ello dejó de asumir una posición clara y valiente ante los problemas históricos (precisamente junto a Roa) en la manifestación del 30 de septiembre de 1930, hecho que ubicaba en la raíz germinativa de su vida, y del cual dijo que ningún honor prefería al que se ganó para siempre esa riesgosa y memorable mañana fundadora.

Más tarde, en medio de una orgía de corrupción administrativa, gangsterismo, predominio de la mafia y crímenes hartos conocidos, vivió una existencia austera. Se declaraba católico órfico, según recordó María Zambrano. Pero ello no impidió que un comunista como el pintor Mariano, además de amigo íntimo suyo, fuera cofundador con él de *Espuela de Plata* y *Orígenes*. Admiraba a otros comunistas, como Juan Marinello, que fue su profesor universitario, al que (cosa excepcional en él) le oí llamar maestro, y por quien, según me dijo mariano, solía votar en las elecciones. Al igual que en el caso de Roa, aunque por costados distintos, vale la pena señalar

cercanías entre algunos aspectos de las obras de Lezama y Marinello, a pesar de obvias diferencias. Sobre el Che escribió páginas memorables, como las que me envió, a raíz de su asesinato en Bolivia, para el número especial (46) que le consagró *Casa de las Américas*. Sin dejar de quejarse (¿quién de nosotros no lo ha hecho?) de las escaseces que el enemigo nos ha impuesto, y de equivocaciones que fatalmente se cometen –y se rectifican–. «Soy un liberal americano», me reiteró a lo largo de años, «y sé que la historia no tiene marcha atrás».

Se distinguió, sin alardes, por su gran arraigo nacional y patriótico (no patriotero), valores que estuvieron presentes tanto en su vida como en su obra literaria. Después de todo, ¿qué constituye la trayectoria central de *Orígenes* sino una voluntad de afirmación y resistencia verdaderamente admirables? En «A partir de la poesía» (que recogió en *La cantidad hechizada*, 1970), se refiere a la Revolución como «la última era imaginaria, [...] la posibilidad infinita, que entre nosotros la acompaña José Martí». Y en su respuesta a preguntas que le hice llegar para el número 51-52 de *Casa de las Américas*, dedicado a los primeros diez años de la Revolución cubana, dijo: «Y de pronto, se verifica el hecho de la Revolución. Nuestra historia se vuelve un sí, una inmensa afirmación, el potens nuestro comienza a actuar en la infinitud». La Revolución es en sí algo muy superior a un cambio, fue una integración, una profundización. Nos enseñó a todos la trascendencia de la persona, la dimensión universal que es innata al hombre. Nos dijo a todos que el sufrimiento tiene que ser compartido y la alegría tiene que ser participada. Eso es para mí su lección fundamental.

¿Qué no habrían dado los adversarios de la Revolución Cubana porque José Lezama Lima, uno de nuestros grandes de todos los tiempos, traicionara a su patria? Pero ocurrió todo lo contrario. En *Imagen y posibilidad* (1981), ese volumen póstumo compilado por Ciro Bianchi Ross que para cuantos conocimos al ser humano en profundidad nos da al verdadero Lezama, ratifica lo que ya sabíamos bien: que fue un cubano de raíz y saludó una y otra vez a la Revolución con su verbo regio, no obstante haber sufrido ataques injustos (a los más graves de los cuales me he referido) e incomprensiones absurdas que casi nunca le escasearon. Me detengo en



José Lezama Lima

esto porque es un hecho objeto de groseras manipulaciones por el enemigo. A varias de esas manipulaciones respondieron, con la autoridad que les da el haber sido toda la vida entrañables amigos de Lezama, Cintio Vitier y Fina García Marruz, en el coloquio celebrado en torno a él en Poitiers, en 1982.

Un triste privilegio

Cuando publiqué por primera vez en *Orígenes* y empecé a tratar a Lezama, no imaginaba que sería, entre sus amigos de muchos años, el último en hablar con él. Comparto ese triste privilegio con el médico y poeta José Luis Moreno, quien hasta el final de su vida lo cuidó y atendió con ejemplar devoción.

Tan pronto me enteré de su enfermedad, en agosto de 1976, por una llamada que me hizo Alfredo Guevara, corrí a verlo a su casa de Trocadero 162, aunque no pensaba que fuera algo serio. Se hizo todo lo posible por trasladarlo de inmediato al Pabellón Borges, del Hospital Calixto García, pero desafortunadamente ni su esposa ni nosotros logramos convencerlo de que aceptase ser conducido ese día. Si en nuestro país a todos los enfermos se les brinda una cuidadosa atención médica, en el caso de Lezama esa atención fue extremada. Se le prepararon en el hospital condiciones óptimas, y lo aguardaban, como se dice en nuestro lenguaje popular, con todos los hierros. Sin embargo, él no accedió a ingresar sino al día siguiente, y esa demora resultó fatal. Tuvo en su contra la excesiva gordura, y el que sus pulmones, por el asma y el tabaco, estuvieran muy disminuidos en su función, según me explicó el médico.

Fui a verlo al hospital. Estaba con todas esas gomas y aparatos que, para quien se ve obligado a ellos, resultan tan molestos. No obstante, una que otra vez nos reímos. «*Joseíto*», le dije (no recuerdo en qué momento de nuestra larga relación pasamos del usted al tú), «*tienes que portarte bien y dejarte hacer todo lo que sea necesario. Fíjate que te han traído al Pabellón Borges, que es donde llevan a los buenos poetas. Si no lo haces, te mandarán al Sánchez Galárraga.*» Para un lector no advertido, debo aclarar que nombre de la sala nada tiene que ver con el gran escritor argentino, sino con José Elías Borges, médico y mártir de la Revolución. El otro nombre es el de un poeta loca de hace muchas décadas.

Pocas horas antes de morir, al anochecer del 8 de agosto, hablé con él por última vez. Me aseguró que se sentía mejor, y hasta halló ánimo para bromear conmigo: «*Cuando creían que había descendido a la mansión de Hades, me encuentran en Guanabacoa bailando una rumba.*» Con ese espíritu optimista me despedí de él. La llamada del doctor Moreno para anunciarme, cerca de la medianoche, que Lezama había fallecido me llenó de desolación y sorpresa. Cuando telefoneé a varios de los amigos comunes, tuve que empezar por pedirles excusas por no haberles avisado antes de la enfermedad de Lezama. No esperaba ese desenlace. Me negaba a aceptarlo.

Último recuerdo

Dejen que mi último recuerdo de Lezama en esta conversación no sea luctuoso. Déjenme evocarlo en un viejo café habanero, con su cerveza espumeante, su tabaco eterno, su libro sabio bajo la mano húmeda, una risa grande, hermosa, que me llena el oído y el alma. Un cuarto de siglo de amititia latina y cumbilismo criollo, un alegre magisterio, una incesante fiesta espiritual: así quiero conservar a Joseíto, bailando una rumba etrusca, con la forifai en la mano (por si acaso), en Guanabacoa la bella, haciendo esperar al pacotillado Caronte. 